

Sublimación, idealización y subjetividad

*Marta Gerez Ambertín**

Yo no lo sabía; esa espera la suponía en el hombre, esa espera la situaba en el hombre. Por otra parte, ahora comprendo que, habiendo hecho el hombre a mi imagen, en cada hombre alguna cosa en embrión esperaba; en cada uno de ellos había un huevo de águila... luego, ya no sé; no puedo explicarlo. Lo que si sé es que aún no satisfecho con darles la conciencia de su ser, quise también darles una razón de ser. Les di el fuego, la llama y todas las artes que tienen una llama por alimento; inflamando sus espíritus hice nacer en ellos la fe devoradora en el progreso. Y me alegraba extraordinariamente de que el hombre perdiera la salud por conseguirlo. En vez de una fe en lo bueno, una esperanza insana en lo mejor. La fe en el progreso... era su águila. Nuestra águila... es nuestra razón de ser.

ANDRÉGIDE

PROCURARÉ UN SEGUIMIENTO de esta intrincada temática que, a 61 años de la muerte de Freud, continúa haciendo cuestión, insiste en sus interrogantes y genera "malentendidos" —cuando no errores— en su lectura y su transmisión.

* Directora del Doctorado en Psicología. Profesora titular de "Contribuciones del Psicoanálisis, Escuela Francesa" y "Semiosis Social", Facultad de Psicología, UNT. Docente del Doctorado, Facultad de Psicología, UBA.

Enfocaré el tema fundamentalmente desde la obra freudiana pero teniendo en cuenta los avances aportados por Lacan, un "lector de Freud".

Abordarlo no es simple en tanto no hay en Freud un texto especialmente dedicado, lo que invita a recorrer toda la obra freudiana soportando *impasses* y paradojas. En algunos tramos sus formulaciones tuvieron cambios; en otros será preciso deconstruir sus desarrollos, punto en el que tomaremos las contribuciones de Lacan. Cualquier enfoque que demos a esta difícil temática será parcial —imposible responderlo todo en una articulación tan ardua—, y por eso indicaremos las líneas de trabajo que dejamos abiertas, pues se trata, fundamentalmente, de responder sólo a algunos enigmas que la cuestión a tratar genera.

Puede afirmarse, luego de una exhaustiva revisión del tema en la obra freudiana, que por momentos hay en ella cierta sobrevaloración de la sublimación y, en otros, una formulación más precavida que aleja toda posible idealización. Como esto suena extraño lo ejemplificaré con formulaciones que se contraponen:

- En la Conferencia 32 distingue "con el nombre de sublimación cierta clase de modificación de la meta y cambio de vía del objeto en la que interviene nuestra valoración social" (1932:89) y, en "Breve informe del psicoanálisis" habla de las "aspiraciones sublimadas" que ponen "su energía a disposición del desarrollo cultural" (1923:219).
- En cambio, en "El malestar en la cultura" dice que la sublimación no puede garantizar "una protección perfecta contra el sufrimiento (1929-1930); no... procura una coraza impenetrable para los dardos del destino" (*ibid.*:79 y s.) y se torna cauto en esperar de ella ninguna promesa en cuanto a los valores sociales. Oscilación freudiana que no cesa en torno al tema.

La identificación en la obra freudiana: la cuestión del sujeto

En "La disección de la vida psíquica" (conferencia 31, 1932) Freud alude a la identificación —en sus diversas modalidades— en tanto fundamento **de** las constelaciones estructurales de la vida psíquica, y da cuenta de los vasallajes del yo quien sirve a varios déspotas simultáneamente: el mundo exterior, el superyó y el ello; agregamos: a los ideales.

Esta posición freudiana invalida cualquier posible concepción, en psicoanálisis, de la autonomía o síntesis del yo. El yo es heterónimo. Lacan lo refiere en "De nuestros antecedentes" (1966) desde dos ejes de la teorización freudiana: la imagen del cuerpo (narcisismo) y la teoría de las identificaciones y, a partir de allí, formula su teoría del sujeto: un producto, no una causa. El sujeto es efecto del significante: "el significante representa al sujeto para otro significante" —Seminario IX ("La identificación", 1961-62)—, lo que es posible porque hay un sitio, el del Otro como lugar simbólico, que avala la palabra del sujeto. Esto diferencia al hombre del animal. Hará la broma de que su perra no habla sólo porque carece del Otro como lugar, de ese garante de la verdad que ya se esboza en el esquema L (Seminario III: 1055 y s.): el yo del sujeto es normalmente hablado desde el lugar del Otro.

Idealización y sublimación en Freud

No es posible hablar de idealización y sublimación en Freud fuera del marco del narcisismo y las identificaciones, aun cuando la sublimación se ubique en el borde, en el litoral, más allá... de éstos.

En "Introducción del narcisismo" (1914) Freud hace la diferencia entre sublimación e idealización, diferencia que sostendrá en toda su obra, salvo algunas oscilaciones. Conviene tener en cuenta la delimitación que establece, en este texto, entre el Yo Ideal y el Ideal del Yo, porque ésta permitirá entender el concepto de idealización. Para delimitarlos necesita apoyarse en el concepto de represión: "La represión, hemos dicho, parte del yo; podríamos precisar: del respeto del yo por sí mismo [*Slebstachtung*]" (1914:90).

Slebastachtung puede traducirse como la autoestima que merece la imagen que uno tiene de sí mismo, es decir, el sujeto aparece "midiéndose" a sí mismo como estimable, o más bien amable, lo que nos hace sospechar la intervención de un tercero que es el que otorga medida a ese amor. Sigamos a Freud: "La formación del ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión" (*Bedingung der Verdrangung*) (1914:90) (la negrita es mía).

Es importante analizar en qué consiste la "formación del ideal", fundamentalmente porque parece consistir en toda una estrategia simbólica por aquello de que el sujeto se mide a sí mismo y para hacerlo precisa un

patrón de medida. En suma, esto nos habla de una mediatización entre su yo y esa imagen valiosa que tiene de sí mismo.

Formación de un ideal, dice agregamos *mediatización* en la ligazón con el ideal, porque de lo contrario: ¿cómo puede medir la distancia que hay entre ese ideal y el yo actual?, ¿cómo medir sin patrón, si para medir precisa una unidad de medida, lo que rompe la "razón diferencial" (j), para transformarse en "razón armónica" (F)? El *Ich* Ideal —Ideal del yo—, como vamos a ver, será el soporte desde donde el sujeto se verá como visto por Otro.

Este es el camino que emprenderemos para inteligir en ese texto la diferencia y relación entre el Yo Ideal {*Ideal Ich*} y el **Ideal del Yo** {*Ich Ideal*}.

Aquí vale la pena destacar que, algunos autores, como Laplanche y Pontalis en el *Diccionario de psicoanálisis*, consideran que Freud no trabaja el concepto de Yo Ideal, entonces, ¿cómo articular la posición narcisista si partimos de su desconocimiento? Y ¿por qué desconocer un concepto tan importante de la obra freudiana?

El concepto de Yo Ideal es trabajado explícitamente por Freud en el texto que nos ocupa y en la conferencia 26 (1916-1917), "Teoría de la libido y el narcisismo"; implícitamente aludido en "Duelo y melancolía" (1915-1917), "Psicología de las masas" (1921), "El Yo y el Ello" (1923), "La disección de la vida psíquica" (1932), "Lo ominoso" (1919), y "El presidente T. Wilson" (1930-1938).

En "Introducción del..." (1914) Freud aborda la problemática del Yo Ideal desde el capítulo I pues, aun cuando no lo nombra, de él proviene el delirio de grandeza que comenta. A su vez, en el capítulo III especificará: "*Desem Idealich gilt nun die Selbstliebe, Wleche in der Mindheit das wirkliche Ich genios*". "Y sobre este yo ideal recae ahora el amor de sí mismo de que en la infancia gozó el yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas" (1914:91).

Podemos colegir que "perfecciones valiosas" (*Volkommenheit*) y "Amor de sí mismo" {*Selbstliebe*}, tiene que ver con el deseo del Otro. Un deseo que se inscribe a partir del estado de desamparo infantil {*hilflosigkeit*}. Por eso el Yo Ideal es fuente de proyección imaginaria. En cambio, para que se constituya el Ideal del Yo tiene que aparecer una distancia, una medición, el sujeto verá algo que él aún no es y ahí podrá plantearse un **Yo que sostiene un Ideal**. Remarquemos, entonces, las diferencias entre el Yo Ideal y el Ideal del

Yo: mientras el primero queda ligado al narcisismo propiamente dicho, el segundo refiere al narcisismo atravesado por la castración.

Freud avanza cautelosamente en el concepto de Ideal del Yo —que no dejará de provocar malentendidos en su obra hasta que logre diferenciarlo y vincularlo al superyó en "El Yo y el Ello" (1923)—, cautela que lo lleva a advertir que el Ideal del Yo no es la llave mágica abre puertas en la cura del sujeto; más aún, dirá que por lo general las entorna o las cierra.

Destaquemos, ahora, la diferencia establecida por Freud entre sublimación e idealización:

<ul style="list-style-type: none"> • "La idealización es un proceso que envuelve al objeto; sin variar de naturaleza, éste es engrandecido y realzado psíquicamente. La idealización es posible tanto en el campo de la libido yoica cuanto en el de la libido de objeto. Por ejemplo, la sobreestimación sexual del objeto es una idealización de éste" (1914:91). • Supone algo que sucede con la libido de objeto. • Favorece la represión. 	<ul style="list-style-type: none"> • "La sublimación es un proceso que atañe a la libido de objeto y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante de la satisfacción sexual; el acento recae entonces en la desviación respecto de lo sexual" (1914:91). • Supone algo que sucede con el fin (ziel) de la pulsión. • Es una vía de escape de la represión.
---	--

Para ser más tajante en la diferenciación, Freud agregará que la formación del Ideal del Yo no se confunde con la sublimación de la pulsión —como se ha malentendido a veces— porque quien ha modificado a veces su narcisismo —se refiere al pasaje Yo Ideal —> Ideal del Yo— por la veneración de un elevado Ideal del Yo, no implica que haya alcanzado la sublimación de sus pulsiones libidinosas. Pareciera que el concepto de sublimación precisara otra vuelta de tuerca, más allá del campo del narcisismo, que realizará finalmente en "El Yo y el Ello" (1923).

Para Freud, la formación del Ideal del Yo reclamaría la sublimación, pero no puede forzarla; la sublimación sigue siendo un proceso especial cuya incitación puede ser estimulada por el Ideal del Yo —acotaría, por mi parte: ahí donde encuentra un punto de su fracaso—, pero cuya ejecución es por entero independiente de tal incitación.

Señalando esta limitación de la idealización respecto de la sublimación, Freud se adelanta a desarrollos que volcará en "El malestar en la cultura" (1929) porque la sublimación no tiene nada que ver con lo que la cultura valora como sus ideales. Lo que se dirige al cumplimiento de los valores sociales, al bienestar, al *whol* kantiano no puede confundirse con la sublimación. Cualquier porvenir de una ilusión está destinado a estrellarse: precisamente, son los "idealistas" quienes se ven impedidos de acceder a la sublimación. Desidealizar supone soportar la inconsistencia del Otro y atravesar los difíciles senderos del duelo por el padre ideal que deja como lastre en la subjetividad un estado de dolorosa orfandad, pero también, de responsabilidad subjetiva.

La sublimación y las pulsiones

La sublimación para Freud está ligada a las pulsiones, se trata del modo más creativo de lograr una coartada a la satisfacción de las mismas, lo que se explica porque la pulsión modifica su fin (*ziel*) y logra la desexualización. Aquí la sublimación se diferencia de la represión y, efectivamente, es una vía de escape de ella; no precisa del sistema de sustituciones (falsos enlaces), no precisa del síntoma que, como retorno de lo reprimido, opera vía la sustitución significativa.

Será preciso, en este punto, realizar un pequeño rodeo para orientarnos con una serie de conceptos que Freud se vio precisado a retomar y modificar respecto de la teoría pulsional: su gran mitología.

En la "Metapsicología" (dinámica, tópica y económica) la sublimación tiene lugar como uno de los destinos o vicisitudes de las pulsiones. Recordemos que la teoría de las pulsiones tuvo en la obra freudiana una serie de modificaciones. El gran modelo pulsional se construyó de la siguiente manera:

Primera división, 1910 "Los problemas psicógenos de la visión"	->	Pulsiones sexuales:
Segunda División, 1914 "Introducción al narcisismo"	—>	Pulsiones sexuales: Libido del yo y libido sexual
Tercera División, 1920 "Más allá del principio del placer"	->	Pulsiones de vida: (procuran ligazones) Libido: del yo y de objeto

Pulsiones de autoconservación o del yo
Pulsiones de autoconservación: egoísmo
Pulsiones de muerte: (procuran desligazones)Tánatos

La pulsión, como "representación psíquica de una fuente", es planteada en "Pulsiones y destinos de Pulsión" (1915) teniendo cuatro elementos: Fuente (F); Empuje (E); Objeto (O) y Fin (F): búsqueda de cancelación de la excitación, y cuatro destinos o vicisitudes:

- 1) retorno contra la propia persona
- 2) transformación hacia lo contrario
- 3) represión (ligada al objeto)
- 4) sublimación (ligada al fin o a la meta)

Freud dirá que en la sublimación, la meta de la pulsión es trocada; de ahí nuestro enigma, pues entonces la pulsión no se satisfaría por lo reprimido que opera en al dirección de la sustitución signficante; operación que, en cambio, sí aparece en la idealización con la envoltura del objeto. Un gran investimento libidinal lo recubre y adorna; acaso la razón de su encanto.

El vínculo entre idealización y represión le permite afirmar que la formación del Ideal aumenta las exigencias del yo y es, precisamente, el más fuerte favorecedor de la represión. Digamos entonces que la formación del Ideal es la condición de la represión porque se anuda al Complejo de castración; concepto pivote para dar cuenta de la diferencia entre sublimación e idealización.

La castración, operación simbólica, instauro la falta y tiene como agente al padre real que posibilita otorgar significación al falo. La castración es el elemento *priceps* del complejo nodular edípico. Edipo no es sin castración. Sólo por ésta —como remarcan "Introducción al narcisismo" (1914) y "Lo siniestro" (1919)— el niño abandona la posición del Yo Ideal —donde se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas— trocándola en la nueva forma del Ideal del Yo. Pero el sujeto nunca se consolará de ese abandono y procurará por caminos sustitutivos el retorno de lo reprimido. De todos modos el Ideal del Yo encuentra su lugar en el conjunto de las normativas de la ley.

Represión e idealización: Yo Ideal-Ideal del Yo

Podrá entenderse, por este nuevo giro que hemos dado, la interdependencia que existe entre el concepto de idealización y el de Ideal del Yo. Asimismo, para captar la relación que hay entre represión, idealización e Ideal del Yo, es necesario distinguir el Ideal del Yo, del Yo Ideal. Lo hace Lacan en el Seminario I situando al Yo Ideal en la dimensión imaginaria, dual, especular referida a la forma del Yo, es decir, una identificación como transformación que sufre el sujeto por la asunción de una imagen; en cambio, el Ideal del Yo tiene una dimensión simbólica, mediatizada por el orden del emblema. Ese Ideal al que se dirige está más allá de la forma del Yo, responde a una insignia. Y es que el Ideal del Yo no tiene imagen, es más una idea que marca la discordancia con la perfección narcisista aunque no deja de procurarla; la inscripción de la castración está, pero se tratará de enmascararla.

Así, el Ideal del Yo se rige por una lógica y refiere a una insignia. Ahí, la identificación no es puramente narcisista porque está aunada a la ley del Padre Muerto, pero no deja de intentar un investimento libidinal y opera por sustituciones simbólicas. Por ejemplo: ser argentino, capturado en una imagen (el gauchito o el tanguero), es diferente de la argentinidad como emblema; alguien podría despojarse de la imagen, pero el emblema le permitirá sostener un ideal de argentinidad que otorga mayor consistencia simbólica a su sistema identificador. Punto de la disolución del Edipo: tener un emblema, ligado éste a la diferencia de los sexos, a la masculinidad o a la feminidad, lo que se alcanza —como establece Lacan en "Las formaciones del Inconsciente" (1957-1958)— en el tercer tiempo del Edipo.

En el Ideal del Yo el narcisismo aparece atemperado por el orden simbólico, por la ley. La distancia que se marca entre la clase Ideal del Yo y el Yo Ideal, señala una dimensión de falta por donde puede circular el deseo. Pero esta eficacia simbólica de la normativización del Ideal del Yo tiene un punto precario, no eclipsa al narcisismo, simplemente lo limita; por eso en la cura analítica resituar al sujeto en el sistema de los ideales pacifica; sin embargo, no es lo que se procura como fin de análisis. Si así fuera, el enamoramiento y la sugestión que señala Freud en "Psicología de las masas" colmaría; pero no es así.

Sublimación y vacío de la-Cosa

En la idealización el objeto sufre una envoltura, se torna disponible porque es recubierto libidinalmente, aparece como objeto objetivo, postizo. En cambio, en la sublimación esto no ocurre y encontramos una clara orientación en Freud a partir de la conferencia 23: "existe, en efecto, un camino de regreso de la fantasía a la realidad, y es el arte" (1916-1917:342). Es decir, el arte supone un retorno a la realidad, pero a un nuevo tipo de realidad, no a la que creemos, sino a la de una falta. Lacan agregará que tal falta implica un reconocimiento de la ley del padre muerto y de la inconsistencia de dicha ley, de su falta de garantía, de aquello que no se cubre. Los hombres se unen en el reconocimiento de sus faltas respectivas, de su comunidad en la negatividad, en la falta, en ese punto de *Dios ha muerto*.

Así, la diferencia entre sublimación e idealización implica que en aquella se soporta una potencia insistente y cruel donde la desviación de la satisfacción sexual, el cambio de fin se orienta a un más allá del objeto velado e imaginarizado, procura el *das Ding* como tal, la-Cosa, el vacío de la-Cosa (lo no hallable). Afirmará Lacan que, en suma, la sublimación eleva el objeto a la dignidad de la-Cosa, su direccionalidad es lo Real, el objeto como causa.

Podemos, para ejemplificar, pensar en la diferencia del objeto de una colección en tanto mera idealización, y del objeto de una colección de arte como sublimación. En el primero el objeto opera como tapón, como punto de fijación imaginaria que realza el narcisismo; en el otro caso el objeto opera como cosa vacía que se sostiene en sí misma, no ofrece utilidad y se soporta en la dimensión de la falta y el vacío (*cfr.*, el ejemplo de la

colección de cajas de fósforos de Prevert en Lacan, 1959-1960:140 y s.). Así, la sublimación no pide nada a nadie, se sostiene en el vacío de la cosa. La creación, si es sublimación, supone el encuentro con la-Cosa, con lo real.

La sublimación como Identificación: la desexualización de la libido

Ahora bien, esta nueva lectura de Lacan ayuda a pensar la reformulación freudiana de la sublimación posibilitada por su inscripción en la segunda tópica (Yo-Ello-Superyó) y acorde con los nuevos conceptos de la teoría pulsional de 1920: pulsión de vida-pulsión de muerte.

En "El Yo y el Ello" (1923) Freud da un paso adelante, anuda la sublimación al complejo de Edipo —y a su herencia: la ley del padre—, a la identificación y a la pulsión de muerte. Si la identificación supone una investidura de objeto resignada y si el yo contiene la historia de esas elecciones de objeto, entonces, este Yo así constituido, da cuenta del desdoblamiento contra sí mismo, de su escisión, de su desgarramiento y de su vasallaje.

La transposición de elección erótica de objeto marca una verdadera alteración en el yo, un desgarramiento, una pérdida irreparable que no se obturará jamás, su lastre queda en las marcas del ello y del superyó.

Respecto a esto Freud planteará una de sus más enigmáticas ideas sobre la sublimación que puede resumirse así: una libido sexual que se desexualiza: "La trasposición así cumplida de libido de objeto en libido narcísista conlleva, manifiestamente, una resignación de las metas sexuales, una desexualización y, por tanto, una suerte de sublimación (1923:32).

Esta identificación regresiva (no sin duelo) enlaza las identificaciones múltiples a antiguos objetos perdidos. Óscar Masotta gustaba de insistir en sus seminarios que por esto el yo es para Freud un cementerio, el resultado de una historia mortífera y del acto de la desexualización de sus objetos. Entonces la sublimación depende de la misma operación que instaura la identificación regresiva: la desmezcla de pulsiones que trabaja a favor de la liberación de la pulsión de muerte, que hace su trabajo silenciosamente.

De ahí que es por vía del duelo y no por las relaciones de objeto por donde el yo accede a las múltiples formas de los objetos mundanos, padece su división por un calvario no elaborable, por una radical pérdida de objeto —aquella que se soporta vía libido desexualizada. A veces le está permitido recubrir esa falta con la idealización mediante el enamoramiento.

to y la sugestión, sólo a veces, porque con insistencia el superyó teje sus fatales emboscadas.

Para concluir

En la idealización hay un predominio simbólico-imaginario que pretende recubrir la inconsistencia del Otro. La sublimación supone, en cambio, un insoportable que no pide nada pero que, de alguna manera se paga con un plus de goce, con "la libra de carne".

El movimiento en el acto de la creación nace de la impaciencia, de la incertidumbre, de la vacilación sin límites, del vacío. La sublimación implica a la pulsión de muerte, creación de la nada que sólo se da más allá de lo que eslabona la cadena significativa. La sublimación propiamente dicha se diferencia de las pseudo-sublimaciones que rondan los ideales de la cultura. Esta diferencia queda demostrada en "El porvenir de una ilusión" y en "El malestar en la cultura", donde se advierte que, por lo general, la cultura no soporta la producción de la sublimación y se las ingenia para entronizar sus productos en el orden de los ideales, y allí los disuelve, los envuelve, los anula: se produce el fetichismo de la mercancía.

Freud se disculpa ante Reik por su apresurada afirmación de que el **porvenir** cultural de los hombres nada debería a Dostoievsky, pero no estaba muy equivocado: el futuro cultural de los hombres no debía agradecerle nada pero porque no es con agradecimientos como la cultura —que discurre por el malestar— puede reconocer nada a la creación que revela lo irregulable e incontrolable de lo real.

Si hay creación en la paternidad —para Freud— tal paternidad en sí misma es una sublimación —planteo insistente en Moisés y el Monoteísmo—, un progreso de la espiritualidad porque el padre sólo se soporta en el nombre y en la dimensión de la falta y la deuda. Es como muerto que enarbola un símbolo y una legislación, y también deja un resto innominable: el superyó es la marca de su inconsistencia.

La idealización lleva a la exaltación del objeto y procura la completud del otro. El amor pretende hacer del Otro un **Otro** completo. Sólo los enamorados están seguros del Otro, creen que hay Otro del Otro: un Padre inmaculado que puede resguardarnos bajo su amorosa tutela. Ilusión cuyo único porvenir es romperse, dirá Freud y no estimulará la idea-

lización en el cura analítica. "¿Quién no sabe que fue distinguiéndose de la hipnosis que se instituyó el análisis?" (Lacan, 1964:276). Así el analista ha de declinar ante la idealización y el fin del análisis no puede ser la exaltación del Ideal del Yo, el atravesamiento del fantasma está muy lejos de él.

A su vez, respecto a la sublimación, dice Freud, prudentemente, en "Consejos al médico..." (1912): "Opino... que empeñar regularmente el tratamiento analítico en la sublimación de las pulsiones es algo muy loable, pero en modo alguno se lo puede recomendar para todos los casos" (1912:118). Importante cautela: en la cura no se persigue la sublimación, si hay cura, se producirá por añadidura en el acto analítico ahí donde el fantasma (\$ • a) responde a la S(A/) falta del Otro.

Eran muchos los caminos posibles para debatir este tema, no sé si elegí el más largo o el más corto, espero no haber cubierto sus encrucijadas con el manto de la idealización. Soportar la vacilación del vacío ya es un paso donde la transmisión y la investigación en psicoanálisis implique la creación que lleve no a comprender todo sino a sostener el enigma que reenca mine la indagación hacia los textos de Freud y Lacan.

Bibliografía

- Consentino, J.C. (1993), "Construcción de los conceptos freudianos", Manantial, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1905), "Tres ensayos de teoría sexual", VII, Amorrortu, Buenos Aires, 1978.
- (1908), "La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna", XII, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1910), "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci", XI, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1912), "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico", XII, Amorrortu, Buenos Aires, 1980.
- (1913), "Tótem y tabú", XIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1980.
- (1914), "Introducción al narcisismo", XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1915), "Pulsiones y destinos de pulsión", XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1916-1917), XXIII conferencia, "Los caminos de la formación de síntomas", XVI, Amorrortu, Buenos Aires, 1978.

- (1919), "Pegan a un niño", XVII, Amorrortu, Buenos Aires, 1978.
- (1921), "Psicología de las masas y análisis del yo", XVIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1923), "El yo y el ello", XIX, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1923), "Breve informe sobre el psicoanálisis", XIX, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1929-1930), "El malestar en la cultura", XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1932), XXXI conferencia, "La descomposición de la personalidad psíquica", XXII, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1932), XXXII conferencia, "Angustia y vida pulsional", XXII, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1932), XXX conferencia, "La feminidad", XXII, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- (1934-1938), "Moisés y la religión monoteísta", XXIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1980.
- (1938-1940), "Esquema del psicoanálisis", XXIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1980.
- (1930-1938), "El Presidente T. Wilson" Publicado en *Un estudio psicológico del Presidente Thomas Wilson*, Letra Viva, Buenos Aires, 1973.
- Gerez Ambertín, M. (1993), *Las voces del superyó*, Manatíal, Buenos Aires.
- Klein, M., et al. (1955), *Desarrollos en psicoanálisis*, Hormé, Buenos Aires, 1962.
- Lacan, J. (1953-1954), *El Seminario*, Libro I. "Los escritos técnicos de Freud", Paidós, Barcelona, 1981.
- (1957-1958), *El seminario*, Libro V. "Las formaciones del inconsciente", Inédito.
- (1959-1960), *El seminario*, Libro VII "La ética del psicoanálisis", Paidós, Buenos Aires, 1988.
- (1961-1962), *El seminario*, Libro IX, "La identificación", Inédito.
- (1964), *El Seminario*. Libro XI. "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", S. Barral, Barcelona, 1977.
- (1966), "De nuestros antecedentes", en *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1985.